

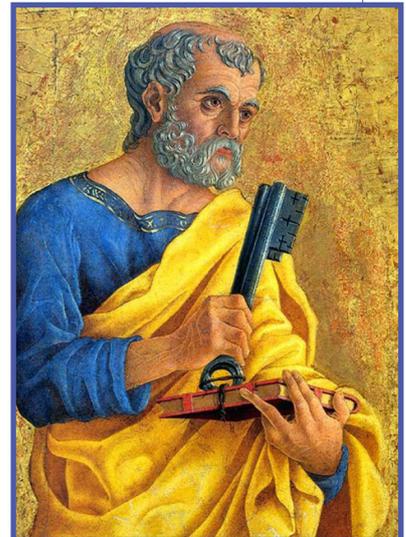


## **Grupos Maristas de Encuentro**

### **Tomar conciencia de la propia debilidad**

Aunque se nos suele olvidar, también en nuestras debilidades estamos cerca de Dios. Pedro es una muestra de esta profunda experiencia creyente. Su camino no fue nada sencillo. Un Pedro altanero había prometido no abandonar jamás a Jesús. Sin embargo, la realidad siempre es tozuda. Como sabemos, Pedro negó a Jesús hasta en tres ocasiones. Con todo, su historia no acabó ahí. Pedro será uno de los primeros testigos en ofrecer testimonio de la resurrección (1 Cor. 15,5). Había recorrido un largo camino, pero ya se había transformado en un testigo fiable.

Simón Pedro es, junto al propio Jesús y a Pablo de Tarso, uno de los tres personajes principales de los libros que componen el Nuevo Testamento. La importancia de Pedro está fuera de toda duda, ya que es el apóstol más citado en los evangelios y los Hechos de los Apóstoles (195 veces). Para tomar conciencia de ello basta con señalar que el segundo con más menciones, Juan, tan solo aparece en 29 ocasiones. No era para menos. De una forma u otra, Pedro está presente en los principales momentos de la vida de su Maestro, especialmente en los relacionados con la Pasión.



#### **1. ¿Qué sabemos de Pedro?**

Desconocemos gran parte de la biografía de Pedro, aunque las leyendas han ido rellenoando parte de su historia personal. Es más, varios apócrifos llevan su nombre o se refieren a él. Sabemos que Pedro fue la cabeza de la primera comunidad cristiana de Jerusalén (Gal 1, 18), donde fue desplazado posteriormente por Santiago, antes de marchar hacia Antioquía, donde la tradición señala que fue obispo. Más tarde, y según algunos datos –pero sin una constatación fehaciente–, pudo terminar sus días predicando la nueva fe en Roma, la capital del Imperio. Para muchos estudiosos Pedro actuó desde los inicios como una persona de mediación y consiguió aunar a diversas movimientos que, en ocasiones, se habían enfrentado con ardor.



## 2. Una historia de la sabiduría cristiana

Sígueme. Pedro fue un humilde pescador galileo de la aldea de Cafarnaum e hijo de Jonás. Junto a su hermano Andrés será de los primeros en aceptar la invitación de Jesús. Su camino vocacional se puede resumir como un proceso que comenzó con entusiasmo, pasó por el miedo y la traición y concluyó con una nueva conversión.

Este pescador llamado Simón fue rebautizado por Jesús como *Kefas* (en arameo, piedra/roca), que traducido al latín dio lugar a *Petrus*. En la época no era un nombre propio sino un sustantivo. Esta simbología de la piedra se ha interpretado tradicionalmente como que en la persona de Pedro se fundamentaba la piedra angular, viva y visible, de la Iglesia. Pero ponemos demasiadas veces el acento en la fortaleza, cuando deberíamos mirar más hacia su fragilidad. Porque la historia de Pedro es también la de cualquiera.

A pesar de su cercanía con Jesús y su confesión de fe («Tú eres el Cristo, el Mesías»), el apóstol cedió al miedo. Es más, lo llegó a traicionar.

Quien había prometido una fidelidad absoluta, va a experimentar la negación como frustración. Para los historiadores no hay duda de que fue una experiencia real. ¿La razón? Que lo narrado en el Nuevo Testamento deja en un muy mal lugar a la principal figura de la primera generación cristiana.

Pedro comienza a vivir desde entonces un proceso de transformación, que tendrá un episodio central: la aparición de Jesús Resucitado junto al mar de Galilea a siete de sus discípulos. La conversación que mantienen en el Evangelio de Juan es bastante significativa. Pero hay que ir al original para encontrarnos con toda su profundidad, ya que el evangelista juega con dos verbos que podrían usarse como sinónimos cuando no lo son. En griego, por un lado, tenemos el verbo *filéo* para expresar un amor de amistad, un amor que puede ser tierno pero no incondicional y, por el otro, el verbo *agapáo*, un amor sin reservas.

¿Qué sucede entonces en aquella conversación? Que Jesús le pregunta a Pedro si le ama incondicionalmente (*agapáo*). Antes de su experiencia de negación, Pedro había respondido con un sí total. Sin embargo, tras lo vivido durante la Pasión, el apóstol sólo es capaz de responder: «Señor, te quiero». Jesús le insistirá otras dos veces y obtendrá la misma respuesta. Incluso, al final, Pedro exclama: «Señor, te quiero como sé querer». Parece evidente que Simón Pedro es consciente de su fragilidad humana y de las dificultades vividas. Pero esta conciencia amarga no le paraliza. Jesús resucitado vuelve a decirle: «Sígueme». Y Pedro es capaz, de nuevo, de responder sí. Ya no es el mismo. Pedro ha experimentado la grandeza y la debilidad de todo ser humano. La historia no se detuvo.



### 3. Para nuestra vida

Seguir la vida de Pedro es acercarnos a un camino vocacional que nos muestra las dificultades que nos podemos encontrar en nuestro discernimiento. Pero también nos muestra cómo podemos aprovecharnos de ellas para seguir creciendo:



- La fe no es sólo hacer sino también recibir. Y es que en la fe lo importante no es tanto lo que yo hago, sino lo que Dios hace en mí. La historia de Pedro nos permite comprender que sólo la apertura al Dios de Jesús permite transformarnos por completo, con nuestras fortalezas y nuestras debilidades. Eso sí, nos tenemos que dejar a hacer porque la historia continúa.
- Para ello, deberíamos abandonar nuestra autosuficiencia y aceptarnos tal y como somos. Desde esta perspectiva, podremos convertirnos y profundizar en nuestra vocación y misión. Este camino de transformación debe ser un recorrido desde lo conocido a lo nuevo. Siempre debemos dejar de lado aquello que nos impide avanzar.
- La experiencia de Pedro también señala hacia nuestras comunidades. Pedro actuará en muchas ocasiones como mediación. Y es que se hizo consciente de la importancia de aceptar nuestras debilidades. El apóstol entiende que no se puede construir una comunidad fraterna asentada en el amor sin este requisito imprescindible.
- La oración es esencial en nuestro proceso vocacional. Porque en la oración experimentamos más que en otros ámbitos de nuestra vida, las debilidades que nos acompañan. La oración nos transforma: Dios nos reconoce tal y como somos, con luces y sombras, con alegría y dolor, con verdad y mentira, con nuestro servicio y nuestro egoísmo. Porque no podemos olvidar que el abrazo del Padre es a nuestra vida concreta, y no puede (ni quiere) dejar nada fuera: nos ama incondicionalmente. Somos nosotros los que tenemos más dificultades para aceptarnos.

#### Dinámica para la reflexión

- Comenzaremos este momento señalando qué es lo que más nos llama la atención del camino vocacional de Pedro:
  - \* ¿Te sientes cercano a lo vivido por Pedro? ¿En qué momentos o aspectos te identificas y en cuáles no?
  - \* ¿Cómo nos puede ayudar el reconocimiento de nuestra fragilidad a la hora de generar comunidad?
- Después, tendremos un momento para compartir alguna de nuestras debilidades. Si es posible, podría ser interesante favorecer el encuentro por parejas: ¿Cómo nos enfrentamos a ellas? ¿Qué emociones predominan cuando somos consciente de nuestra fragilidad?

### 4. Momento final de oración

#### Desde la Palabra

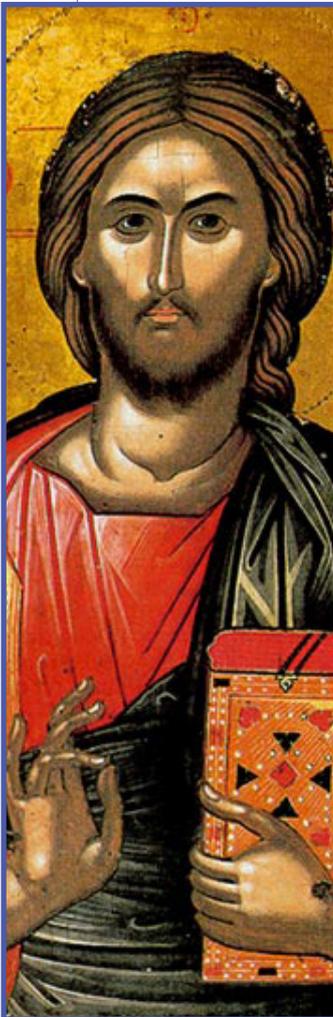
*Se proclama esta palabra entre dos personas. Se deja un momento de silencio después de cada diálogo.*

J. - ¿También vosotros queréis irnos?

P. - Señor, ¿a quién iremos? Solo tú tienes palabras de vida eterna. (Jn. 6, 67)

- J. - Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?  
 P. - Tu eres el Mesías, el hijo de Dios vivo. (Mt. 16, 15)
- J. - Simón, hijo de Jonás, ¿me quieres?  
 P. - Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero. (J. 21, 17)

### *Orando con la experiencia de Pedro*



Señor, ¿a quién iremos?

Un día decidimos subir a tu barca, confiarte el timón.  
 Desde entonces navegamos por la vida  
 y escuchamos sonidos diversos,  
 el bramido de un mar poderoso que nos recuerda nuestra fragilidad,  
 las conversaciones al atardecer con distintos compañeros de viaje...

A veces nos sentimos tentados de abandonar el barco,  
 de cambiar de ruta, de refugiarnos  
 en la seguridad de la tierra firme.  
 Pero, Señor, ¿a quién iremos... si solo tú puedes ayudarnos  
 a poner proa hacia la tierra del amor y la justicia?

Pescaremos alguna que otra decepción,  
 unos cuantos berrinches y noches en vela.  
 Pescaremos un constipado de noche, y una insolación, de día.  
 En la red recogeremos lágrimas vertidas,  
 vestigio de tantos sueños rotos.  
 Se nos enredará la pesca con restos de algún naufragio.

Y aun así, seguiremos. Nadie dijo que fuera fácil,  
 pero merece la pena el esfuerzo, porque en la labor diaria  
 también nos haremos con pesca abundante  
 que ha de llenar muchos estómagos.  
 Y alzaremos la red cargada de preguntas  
 que indican que estamos muy vivos.

Y me preguntas si te amo, y tú lo sabes todo,  
 sabes quién soy y conoces mi historia mucho mejor que yo.  
 Y no me juzgas, ni me condenas, solo preguntas ¿me amas o no?  
 Y yo solo te miro y tú solo me abrazas, ¡cuando te quiero Señor!

### *Para compartir*

*Después de recitarla a dos coros, se puede tener un momento de eco. Y terminamos escuchando este canto como plegaria de petición al Señor para ser fieles a su amor, a su cuidado, a su Palabra.*

### *Canto. Fieles (Maite López)*

Haznos fieles a ti, fieles a tu Palabra, fieles a tu voz, a tu voluntad.  
 Fieles a tu Evangelio, a la buena noticia. Haznos fieles como eres tú. (2)

Fieles, fieles, cuando es de día y de noche también.  
 Fieles, fieles, a tu lado contigo, por ti y para ti,  
 en la calma y en la tempestad.

Haznos fieles al Sur, fieles a los pequeños,  
 fieles en la lucha por un mundo mejor.  
 Fieles a los pobres, a los excluidos. Haznos fieles como eres tú. (2)

Haznos fieles al pan, fieles a tu cuerpo, fieles a este vino, a la comunión.  
 Fieles sin complejos, fieles apasionados. Haznos fieles como eres tú. (2)